



REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN
PREVENCIÓN DE DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

DESASTRES Y SOCIEDAD

Enero-Julio 1994 / No.2 / Año 2

Especial : Tragedia, Cambio y Desarrollo

REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN PREVENCIÓN DE
DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

LA RED

Red de Estudios Sociales en Prevención de
Desastres en América Latina

1994

Este es el segundo número de Desastres y Sociedad, una publicación semestral de LA RED. Paso a paso seguimos avanzando en este proyecto editorial, con la certeza de que la época actual nos obliga a repensar el papel de los hombres frente a los desastres y cuestionar la propia concepción que hemos tenido de ellos. El racionalismo occidental produjo una honda brecha entre lo humano y lo natural, el hombre creía emanciparse de la naturaleza tras un industrialismo que presuntamente abría las puertas a una espiral ascendente de progreso. Sólo “episódicos” desastres venían a conculcar el cosmos sin costuras del racionalismo omnipotente. Tras los grandes optimismos, los desastres constituían una suerte de excepción, de accidentes, de trágico mentís. La ciencia entonces se aproximaba a su develamiento

porque estaba incapacitada para afrontarlos. En verdad la ciencia en este siglo ha dado su brazo a torcer y se muestra escéptica y hasta incierta para poder escudriñar el ancho territorio de las realidades y las ilusiones.

Hoy parece particularmente necesario rehacer nuestro vínculo con la naturaleza, y establecer mejores relaciones entre las sociedades, las interacciones humanas y las variables ecológicas. Es la única salida para entender los desastres, integrándolos a la vida cotidiana, previniéndolos, mitigándolos, preparándolos y reconstruyendo sólo las buenas cosas destruidas.

“Quiero desaparecer en la oscura tormenta: y en mis últimos momentos quiero ser al mismo tiempo hombre y rayo.”

Federico Nietzsche

EDITORIAL

Aparece el segundo número de *Desastres y Sociedad* en un momento especialmente sensible para América Latina y el mundo respecto a los desastres. Se han llevado a cabo importantes reuniones sobre el Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales en este como en otros continentes. En Cartagena de Indias, en marzo, se realizó la Conferencia Interamericana sobre Reducción de los Desastres Naturales, convocada por la Dirección Nacional para la Prevención y Atención de Desastres de Colombia. Allí, al mismo tiempo que un importante intercambio de experiencias a través de cerca de 65 ponencias de especialistas y de representantes de instituciones, provenientes de toda América, y a través de paneles y talleres, se culminó en una declaración que se reproduce en esta revista. Se trataba de obtener criterios y una posición comunes de los distintos países de América frente al decenio. Una de las preguntas: ¿qué es lo que queremos, los países de América Latina, en el contexto de los países en desarrollo, del Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales?. Uno de los objetivos: llevar a la Conferencia Mundial sobre los Desastres Naturales que se realizó en Yokohama en el mes de mayo, ese criterio común. El mensaje de Yokohama, una de cuyas últimas versiones también se reproduce en este número, indica hasta qué punto la visión de los países pobres ha sido incorporada en la orientación de los países para lo que resta del Decenio.

Sin embargo, todo eso expresa más que causa la sensibilidad del continente frente al problema de los desastres. En efecto, mientras este número se encontraba en edición, los departamentos del Cauca y Huila, de la misma Colombia que hizo de anfitrión en Cartagena, sufrió un sismo de 6.4 en la escala de Richter, que provocó desprendimientos de hielo en el Nevado de Huila y miles de deslizamientos simultáneos en los abruptos cañones del río Paéz y sus afluentes, y la enorme avalancha que arrasó campos y poblados. Aunque con una asociación de Fenómenos distinta, Colombia fue obligada a recordar Armero. Pero sólo unos días después una aparente sucesión de sismos, de diferente magnitud e intensidad, se sintió en prácticamente toda América. Si bien no parece haber relación científicamente demostrable entre todos estos sismos, en términos de las amenazas que se ciernen sobre nuestros países, cabe destacar la asociación –una vez más- del movimiento sísmico y las avalanchas. El dramático suceso de Yungay, en el Perú, en el año 70 se produjo de esa manera, y hoy en Colombia sucede algo similar. Esa cadena de sismos nos pone frente a la perspectiva de desastres a lo largo de toda América Latina que pueden producirse por esa asociación, y nos recuerda la necesidad perentoria de mapas de riesgo que cubran extensas zonas y regiones de nuestros países. Extensas áreas donde el tipo de desarrollo instalado genera su vulnerabilidad a desastres. La ocupación humana y social del espacio amenazado tiene una historia que debe ser entendida para entender a su vez el desastre y, quizá en ello se juegue la posibilidad de encontrar las claves para revertir o reorientar procesos de ocupación territorial peligrosos. En muchos casos –como pareciera ser el caso de Paéz en Colombia- buena parte de las poblaciones urbanas más afectadas responden a fechas relativamente recientes, principios de siglo, como parte de la ocupación de la zona.

Abre justamente este número de *Desastres y Sociedad* un artículo de Anthony Oliver-Smith que ve en la tragedia de Perú de 1970 el resultado de un largo proceso histórico antes que de un fenómeno natural y, en la sección *Hechos y DesHechos*, tenemos – junto con las Declaraciones mencionadas líneas arriba- una reseña de los proyectos de

San Martín y Grau de Perú, del occidente de Colombia y de Colima, México que, en el marco del proyecto Comparativo de La Red sobre el uso de los Sistemas de Información Geográfica en la Evaluación de Amenazas, Vulnerabilidad y Riesgo, son aplicados a regiones y buscan incorporar indicadores de vulnerabilidad que tienen que ver justamente con los procesos sociales.

El segundo artículo en este número, de Havidán Rodríguez y Madeline Troche, de la Universidad de Puerto Rico muestra, sin embargo, las dificultades que existen para la prevención de los desastres y, especialmente, para la operatividad de los Planes de Emergencia. Aunque los autores tratan sólo sobre Puerto Rico, los lectores podrán ver reflejada la realidad de más de un país. *Desastres y Sociedad* quiere, no obstante, ir más allá. Dado que existen casos en los que los desastres ocurridos han producido nuevos comportamientos y políticas de prevención, quiere conocer cuáles son los factores que intervienen para que un desastre devenga en avances. Para este número hemos preparado un especial en donde se enfocan aquellos aspectos que pueden hacer de un desastre una oportunidad de desarrollo. Son modelos que surgen de la experiencia de México, y se presentan casos de Costa Rica, de Colombia y de Argentina, en donde aparecen las dimensiones económica, política, institucional y ética catalizando de manera diferente la experiencia de un desastre propio o cercano.

Los desastres, en realidad, están más cerca de la vida cotidiana de lo que la cultura formal quisiera. Ellos son parte de la vida y la vida de siempre, la que existía antes y existe después, tiene un lugar en ellos. Los desastres son hechos objetos del arte y el arte, tan sensible para descubrir los lazos entre la vida y la muerte, los frecuenta de manera diferente: así pareciera ser vivido el de *Teresa o el Terremoto de Lima*, novela escrita por Pablo de Olavide al final del siglo XVIII en pleno siglo de las Luces, de la que reproducimos un extracto. La presentación de Rodrigo Núñez-Carvallo nos recuerda, además, que Olavide fue durante ese terremoto de 1746 en Lima el encargado por el Virrey Manso de Velasco de la reconstrucción de la ciudad, pero luego juzgado y condenado por haber privilegiado la reconstrucción del Teatro Principal, intentando *reconstruir el entorno construido*. Esa lectura que puede sentir y aceptar una historia de amor entretrejida con la escena de un desastre es finalmente la misma a la que nos invita Gustavo Wilchez-Chaux en su artículo. La que descubre a la vida que es capaz de vivir una crisis de tal manera que la reconstrucción no es reproducción de lo viejo sino fundación de algo nuevo y distinto. Una vida que vive, que no hulle a la ambivalencia. Dejarse tocar por la crisis pareciera ser la condición de salir renovado de ella. La lectura de dos autores, separados por siglos, nos indica que saber ver la vida en la muerte es lo que permite servir a la vida siempre.

Recogemos también en este número un extracto de un artículo aparecido en *Herodote*, revista de historiadores franceses, que relata de 1976 en Guatemala desde ese mismo orden. Descriptivo, sin pretensiones académicas, ese artículo de un físico y una antropóloga que se encontraban en Guatemala durante el terremoto de 1976, aparecido en francés hace más de veinte años, tiene sin embargo la virtud de mostrar un desastre en lo que siempre es: un suceso que ocurre en la vida de las personas, de los hombres, de los pueblos, no sólo en los sismógrafos o en las estadísticas. En las tipologías, la principal diferencia entre los desastres es a quién le ocurre. Sumando a los anteriores este artículo de Anne-Marie Hocquenghem y Klaus Schulpmann, en esta sección de la revista, *Desastres y Sociedad* quiere permitirle vivir al lector la otra cara –muy real– de los desastres. Ya no es la distancia del objeto, el análisis lo que nos acerca a los desastres; es vivir los desastres lo que nos permite estudiarlos; es reconocer su

cercanía a la vida lo que les da su verdad. Los testimonios tienen la virtud de volver a la vida lo que el modelo pudiera perder.

Finalmente entregamos la sección de *Libros y Revistas*. En ella se reseñan dos libros producidos por La Red para Latinoamérica: el primero, de ensayos producidos en la región y, el segundo, con aportes norteamericanos; y un tercero que da cuenta de un importante aporte académico británico durante esta parte del Decenio.

Con todo ello –y lo demás que el lector podrá encontrar en este número *Desastres y Sociedad* quiere cumplir su cometido: nueva información, orientaciones para actuar pero también compañía para quienes actúan o ven la necesidad de actuar en este campo urgente.